

BÉCQUER, UN PERIODISTA DEL OCHOCIENTOS

Por EVA DÍAZ PÉREZ

Estamos en el Ochocientos... Avanza el siglo terrible y fascinante, una centuria de guerras y revoluciones políticas, de prodigios, ferrocarriles y daguerrotipos. Detengámonos en la década de los cuarenta de ese siglo de asombros. Vemos la torre canela de San Lorenzo dando la una de la madrugada en el reloj. Una niebla germánica asciende hasta el número 26 de la calle Conde de Barajas donde un adolescente enfebrecido imagina leyendas antiguas.

Es Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta que nació en un mes de febrero recorrido por las brumas amarillas que ascendían desde el río Guadalquivir hasta su barrio de San Lorenzo. Corre el año 1836 y se extienden las sombras románticas por la ciudad misteriosa. Esa Sevilla de la infancia y primera juventud del poeta que tan bien ha recreado el profesor y académico Rogelio Reyes Cano en muchos de sus libros¹.

Los poetas románticos nacen y mueren en invierno. Nuestro autor fallecerá en uno de los inviernos madrileños más fríos que se recuerdan. Hay crónicas y memoriales de sus amigos que evocan las razones de esa temprana desaparición². Parece que a

1. Rogelio REYES CANO, *Sevilla en la obra de Bécquer*, Sevilla, Ayuntamiento, 2000.

2. Rafael MONTESINOS, *Bécquer: Biografía e imagen*, Fundación José Manuel Lara, 2005.

Bécquer lo mató el frío de la modernidad. Era diciembre de 1870 y a él se le ocurrió ir en la terraza descubierta de uno de los novísimos tranvías de caballos que recorrían Madrid. En el trayecto de la Puerta del Sol a su casa en Claudio Coello, un mal viento se le agarró en los pulmones y le provocó una bronquitis severa y no una tuberculosis como cuentan sus biografías de leyenda. Murió poco después, el 22 de diciembre de 1870 mientras sucedía un extraño eclipse de sol³.

En vida Gustavo Adolfo Bécquer había sido “sólo” un buen escritor de periódicos, acaso reconocido por la popularidad de sus leyendas aparecidas en la prensa diaria y por certeros artículos de costumbres. Sin embargo, sus poesías eran un secreto disperso y deslavazado, que sólo conocían sus amigos. Los mismos que se encargaron a su muerte de recopilar su obra y publicarla mediante una suscripción popular. Es entonces cuando comienza la historia de su posteridad al convertirse en nuestro primer poeta moderno.

Pero también se inicia su leyenda construida a base de mitificaciones: apóstol del romanticismo hispánico, huésped de las nieblas, poeta del amor, letraherido tuberculoso y así hasta convertirse en autor del pueblo, en icono que se reproduce en las latas de dulces anisados o en los billetes de curso legal. Sus versos memorizados y reutilizados han servido para miles de romances de enamorados. Su imagen para adornar cromos de estética cursi. Por eso ha sido tan complejo desmontarlo. Deconstruir la leyenda de Bécquer para descubrir quién era de verdad.

Los especialistas e investigadores se encuentran ahora intentando poner al día los estudios sobre Bécquer, depurando su obra de malezas varias, barriendo apócrifos y atribuciones falsas y revisando con rigurosidad su —a veces— fantasiosa biografía⁴. Porque aún hoy hay cierta reticencia y sospecha cuando se entra en el territorio Bécquer. Su vida está llena de espejismos confusos, de páginas engañosas y de biografías llenas de capítulos imaginarios.

Nos detendremos en una de las múltiples facetas de Bécquer. Probablemente la versión que podría definirnos más

3. “Gacetilla” (22 de diciembre de 1870), *La Esperanza*, Madrid, 1844, p. 3.

4. Marta PALENQUE, *La construcción del mito Bécquer. El poeta en su ciudad. Sevilla, 1871-1936*, Sevilla, Ayuntamiento, 2012.

fielmente quién fue de verdad frente a la forja de esa leyenda romántica e idealizada, contra el mito falseado de artista casi etéreo y la figura bohemia que vaga como un sonámbulo por la historia de nuestra literatura. Nos centraremos en el perfil del Bécquer periodista profesional que publica en los agitados tiempos políticos, que narra con pulso febril las costumbres de su época. En vez del Bécquer del mito romántico veremos al Bécquer que pisa el fango de su época, que se mete en los charcos sucios de su tiempo, para bien y para mal. El Bécquer que interviene en polémicas, que se “moja” políticamente, que se convierte en militante y que es recompensado –y también castigado– por eso.

Quizás ésta sea la versión menos conocida del escritor y, sin embargo, la prensa fue la plataforma que verdaderamente acogió sus escritos. Porque hay que recordar que hasta después de su muerte no se recogió su obra impresa en un libro.

El periodismo fue también una máquina de experimentación de su escritura, un campo de pruebas narrativo. La modernidad de la prosa periodística, la inmediatez, la urgencia, la necesidad de llegar al lector y captar su atención hacía que los textos se limpiaran de polvo retórico apareciendo limpios, breves, quintaesenciados. El periodismo permitió la depuración de su estilo literario, lo llenó de un aire moderno. El músculo de la pluma periodística también sirvió para que Bécquer no se recreara en una escritura demorada, retórica, anquilosada, demasiado pretenciosa.

Hay una lección fundamental del periodismo: saber que no se escribe para immortalizar los textos propios en mármol. Es la bendita lección diaria del periodista que escribe sabiendo la caducidad de lo que publica. Un ejercicio de humildad renovado todos los días: ser consciente de que lo publicado servirá al día siguiente para envolver pescado. O, en el caso de nuestro presente, para perderse en esa basura infinita que es el limbo de internet, el ruido digital de la nada.

Esa falta de trascendencia inmortal en el ejercicio de la escritura hizo que la prosa de Bécquer fuera rabiosamente moderna por aspirar a lo sencillo y recortar sus textos de la hojarasca de la retórica con el fin de que llegara al lector. Ya fuera con la efectividad narrativa de sus textos periodísticos como después con los

versos que alcanzaban directamente el alma del público. Deberíamos recordar lo que escribió Gregorio Marañón: “Bécquer hizo periodismo, porque Bécquer fue periodista. Un periodista que además escribió versos”⁵.

Así que sumerjémonos en las hemerotecas para rescatar la biografía periodística de Gustavo Adolfo Bécquer. Comencemos leyendo sus crónicas. Hay una especial en la que recrea su pasión por el periodismo. Es la “Carta II” de “Desde mi celda”, cuando desde el monasterio de Veruela se dirige a sus compañeros periodistas de *El Contemporáneo*:

Como le he visto nacer, como desde que vino al mundo he vivido con su vida febril y apasionada, *El Contemporáneo* no es para mí un papel como otro cualquiera, sino que sus columnas son ustedes todos, mis amigos, mis compañeros de esperanzas o desengaños, de reveses o de triunfos, de satisfacciones o de amarguras. La primera impresión que siento, pues, al recibirlo es siempre una impresión de alegría⁶.

Y continúa su descripción sobre el ambiente de la redacción. Los periodistas de cierta época podrían reconocerse en este pulso febril y apasionado de nuestro Bécquer periodista:

Hasta el olor particular del papel húmedo y la tinta de imprenta, olor especialísimo que por un momento viene a sustituir al perfume de las flores que aquí se respira por todas partes, parece que hiere la memoria del olfato, memoria extraña y viva que indudablemente existe, y me trae un pedazo de mi antigua existencia, de aquella inquietud, de aquella actividad, de aquella fiebre fecunda del periodismo. Recuerdo el incesante golpear y crujir de la máquina que multiplicaba por miles las palabras que acabábamos de escribir y que salían aún palpitando de la pluma, recuerdo el afán de las últimas horas de Redacción, cuando la noche va de vencida y el original escasea; recuerdo, en fin, las veces que nos ha sorprendido el

5. Gregorio MARAÑÓN, “Bécquer, periodista”, *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, CSIC, 1972, pp. 409.

6. “Variedades. Desde mi celda II” (12 de mayo de 1864), *El Contemporáneo*, n° 1025, p. 3.

día escribiendo un artículo o corrigiendo una noticia última sin hacer más caso de las poéticas bellezas de la alborada que de la carabina de Ambrosio. En Madrid, y para nosotros en particular, ni amanece ni se pone el sol...⁷.

La historia periodística de Bécquer comienza en realidad en Sevilla en la revista *La Aurora*, como han investigado Marta Palenque y Andrés Moreno Mengíbar⁸. En 1853 y 1854 el Teatro San Fernando había tenido una brillante temporada de zarzuela y en esta publicación aparece un crítico que firma como Gustavo. ¿Sería nuestro poeta aún adolescente? En esas crónicas se descubre a un buen conocedor del mundo musical, algo que Bécquer demostraría en sus textos posteriores ya publicados en la prensa madrileña. Y no hay que olvidar su relación con la música, con la música culta pero también con la música popular y el flamenco. Es decir, quizás este crítico musical bien pudiera ser nuestro Bécquer.

Pero continuemos con su trayectoria vital. Gustavo Adolfo Bécquer llega a Madrid en octubre de 1854 con dieciocho años. A partir de entonces se inicia una importante trayectoria periodística. Es verdad que Bécquer será un cronista político y también social, de ese periodismo de costumbres que triunfó en la prensa de su época, pero también destacó siendo lo que hoy llamaríamos un periodista cultural. Así veremos cómo aparece su firma en las revistas *La España Musical y Literaria*, *El Mundo*, *El Porvenir* o el *Álbum de Señoritas y Correo de la Moda*. En el mismo otoño de su llegada, el del año 1854, pasa a formar parte de la redacción del semanario *La España musical y literaria*. Pero ya en 1855 se convierte en redactor de *El Porvenir*, un rotativo de breve vida. Será entonces cuando, junto a sus amigos Nombela y García Luna, funde *El Mundo*, del que por cierto también apareció un solo número.

En 1859 lo vemos ya como crítico literario en *La Época*. Y en 1860 se integra en la redacción del diario moderado *El Contemporáneo*. Es uno de los momentos cumbre de la biografía periodística de Bécquer. Es aquí donde descubrimos a ese Béc-

7. *Ibíd.*, p. 3

8. M. PALENQUE y Andrés MORENO MENGÍBAR, *La zarzuela en Sevilla. Crónicas musicales atribuidas a Gustavo Adolfo Bécquer*, Sevilla, Diputación, 2022.

quer que disfruta y se apasiona con el ambiente febril y urgente de la redacción, como hemos visto en aquella carta que años más tarde escribiría a sus colegas de *El Contemporáneo*. Sin duda, fue una época feliz.

En *El Contemporáneo* escribió críticas literarias y artísticas en esa versión estupenda de Bécquer como periodista cultural. También aparecerán en las páginas de este periódico gran parte de sus leyendas. Aquí está ya nuestro escritor que escribe en la prensa, esa figura tan habitual del periodismo decimonónico y que sigue perviviendo –más o menos– en la actualidad. También en *El Contemporáneo* aparece lo mejor de su obra periodística como las “Cartas literarias a una mujer” (1860-1861) y las tituladas “Desde mi celda” (1864).

Esta década de los sesenta del Ochocientos será la época dorada del Bécquer periodista. Colabora en *Los Tiempos* y *Gil Blas*. En 1866 llegará a ser director de la revista ilustrada *El Museo Universal* ocupándose de escribir la parte más importante de esta publicación miscelánea: el editorial. Además, trabajará en esta redacción junto a su hermano Valeriano con el que también se incorpora más tarde a *La Ilustración de Madrid*.

Esta colaboración periodística de ambos hermanos merece que nos detengamos⁹. En *El Museo Universal* –y más tarde en *La Ilustración*– aparecieron los grabados costumbristas de Valeriano acompañados por breves textos de Gustavo, quien escribió recordando aquella experiencia: “Él me dibujaba mis versos y yo le versificaba sus cuadros”. La profesora Pilar Palomo, junto a Concepción Núñez Arenal, han estudiado en profundidad al Bécquer periodista¹⁰. Pilar Palomo ha señalado una idea que me parece oportuna y certera, y es que los hermanos de alguna forma hacían un especial género periodístico de gran modernidad y que aún sigue vigente. Y es que los textos de Gustavo eran como pies de foto de los grabados románticos de su hermano. Además de los textos que acompañaban los dibujos de Valeriano también apare-

9. Jesús RUBIO JIMÉNEZ, *Pintura y literatura en Gustavo Adolfo Bécquer*, Fundación José Manuel Lara, 2006.

10. María del Pilar PALOMO y Concepción NÚÑEZ REY (eds), *Bécquer, periodista*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2016.

cieron piezas que funcionaban de forma contraria, es decir, textos de Gustavo Adolfo que su hermano se encargaba de ilustrar. En el primer caso, era la imagen la que inspiraba y el texto se subordinaba, mientras que en el segundo era el texto la pieza principal y la imagen la que funcionaba de acompañamiento o complemento.

Adentrémonos ahora en uno de los grandes textos que Gustavo Adolfo Bécquer publica en la prensa: las cartas de “Desde mi celda”, que aparecieron desde el 3 de mayo al 6 de octubre de 1864 en *El Contemporáneo*, donde llegó a ser director. Gustavo se traslada con su familia al monasterio de Veruela y desde allí envía a la redacción en Madrid estas cartas que se convierten en una serie de crónicas. De alguna forma, Bécquer es un corresponsal que desde un lugar remoto transmite sus impresiones de ese rincón olvidado del mundo.

El investigador Joan Estruch Torbella en la biografía *Bécquer. Vida y época*¹¹ asegura que en estos textos, además de introducir sus reflexiones personales, muestra una curiosa variedad de géneros, un moderno mestizaje: el puro reportaje periodístico, el libro de viajes, la ensoñación subjetiva, el estudio etnográfico, el diario personal y el relato costumbrista.

En el caso de una de las cartas publicadas en la sección “Variedades” de *El Contemporáneo*, Bécquer cuenta el linchamiento que sufre un personaje del pueblo de Trasmoz, cerca de Veruela: la tía Casca, considerada una bruja. Este texto es un ejemplo de periodismo con aires modernos. Bécquer se convierte en periodista que escribe una crónica local para su diario de Madrid. Aunque deja claro que el linchamiento es algo condenable, describe los hechos de una manera distante, objetiva, no carga las tintas. Describe para que el lector juzgue. La misma técnica del periodista moderno del que otro paisano, Manuel Chaves Nogales, se convertirá en un maestro décadas más tarde. El periodista cuyo oficio es andar y contar.

En esta línea de descubrir al Bécquer periodista podemos también confirmar que además fue un periodista muy moderno pues utilizó técnicas del oficio en algunas de sus obras literarias. El ritmo ágil, la prosa desnuda de retórica, el uso efectivo de la prosa para captar al lector eran técnicas que procedían del pe-

11. Joan ESTRUCH TOBELLA, *Bécquer: Vida y época*, Cátedra, 2020.

riodismo, pero él las llevó a su literatura. Las leyendas que, por cierto, aparecieron publicadas en prensa, eran evidentemente ficciones literarias; sin embargo, Bécquer usó algunos mecanismos periodísticos. Y es que se basó en cierto aire de verosimilitud periodística para dar credibilidad a sus relatos literarios. Hay descripciones de los escenarios realizadas con gran exactitud realista como es el caso de las leyendas sorianas (“El monte de las ánimas”, “Los ojos verdes”, “El rayo de luna”, “La promesa”), de las situadas en Cataluña, en Toledo, en Navarra (“El Miserere” y “La cueva de la mora”), en Aragón (“El gnomo” y “La corza blanca”) o en Sevilla (“Maese Pérez el organista”).

Descubrimos algo que ha caracterizado también a otros grandes escritores que también fueron periodistas. Ese uso de mecanismos narrativos en los que se funden la ficción y la realidad descritas con precisión periodística y, por lo tanto, aportando una mayor verosimilitud al relato literario. Pondré un ejemplo que incluso conecta la literatura fantástica –y puramente romántica de Bécquer– con el realismo mágico de otro escritor y periodista: Gabriel García Márquez.

El escritor colombiano creaba un espacio totalmente realista en el que introduce lo irreal. García Márquez aseguraba que se puede describir un paisaje real y reconocible en el que de pronto pueden aparecer elefantes que vuelan. La escena es imposible, pero si se aporta un dato de precisión minuciosa, puramente realista, todo parece posible. Este dato aparentemente objetivo y casi periodístico da sensación de realidad o, al menos, de verosimilitud. Así, lo irreal y fantástico pueden habitar en un espacio realista. Porque lo real y lo fantástico comparten ambos mundos y pueden tener la misma carta de naturaleza. Decía García Márquez:

Es un truco periodístico que también se puede aplicar a la literatura. Por ejemplo, si se dice que hay elefantes volando por el cielo, la gente no lo creerá. Pero si usted dice que hay 425 elefantes en el cielo, es posible que la gente le crea. *Cien años de soledad* está lleno de cosas así¹².

12. Gabriel GARCÍA Márquez, *The París Review*, nº 69, 1981, “The Art of Fiction” by Peter Stone.

Bécquer nos aporta una gran carga de descripción realista fruto de sus viajes a algunos escenarios en los que sitúa sus leyendas para dotar de verosimilitud su creación literaria. Y en esa narración realista introduce el elemento fantástico, sobrenatural, mágico sin que llegue a parecer absurdo. García Márquez nos habla de elefantes que vuelan o mujeres que ascienden por los aires y Bécquer de seres fantasmales con absoluta normalidad. Porque ¿cuántas veces visitando la iglesia de Santa Inés no hemos tenido la impresión de que de un momento a otro sonará el órgano de Maese Pérez el Organista? Un territorio real contado para que surja lo imposible.

Abandonemos los territorios de leyenda para caminar ahora por ese fango de la época del que hablábamos al principio. Decíamos que nos ha llegado una imagen casi etérea de nuestro poeta, de un artista bohemio, abstraído en las veladuras de la lírica, inspirado por musas evanescentes. Pero al adentrarnos en la biografía periodística de Bécquer descubrimos a otro personaje bien distinto.

Hay que tener en cuenta que en vida de Bécquer la prensa se convierte en un medio de gran poder e influencia política. Es el arranque de la gran época de los periódicos, los inicios de los medios de masas que cuajarán ya a comienzos del siglo siguiente. Desde mediados del XIX el periodismo fue la subsistencia de los literatos. Pero Bécquer no se limitó a ser sólo un escritor en los periódicos, fue algo más: un periodista entregado a la causa ideológica que respaldaba el periódico del que era director, *El Contemporáneo*.

Desde la redacción de *El Contemporáneo*, Bécquer defendió al gobierno conservador de Ramón María Narváez. Su protector fue su amigo Luis González Bravo, que también comenzó su carrera como periodista radical en la publicación satírica *El Guirigay* apareciendo con el seudónimo de Ibrahim Clarete. Luego González Bravo se lanzó a la política convirtiéndose en diputado y moderando su actitud inicial hasta llegar a ser uno de los azotes de los progresistas. Así fue ascendiendo hasta que es nombrado ministro de la Gobernación entre 1864 y 1866, los años en los que convierte a su amigo y protegido Bécquer en director de *El Contemporáneo*. Más tarde, González Bravo llega a ser presidente del Consejo de Ministros en 1868, momento en el que

se produce la Revolución Gloriosa que llevaría al destronamiento de Isabel II y finalmente su salida al exilio.

El Contemporáneo fue así un medio claramente afín al Partido Moderado de Narváez y contrario a la Unión Liberal de O'Donnell. Y Bécquer, un periodista al servicio del poder. Galdós decía que el diario era “un órgano de los conservadores que llamaban de guante blanco, los más atildados y conspicuos, chapados a la inglesa”.

Desde este órgano de opinión de un sector del liberalismo moderado Bécquer publicaba textos en la sección de “Variedades”, como las “Cartas desde mi celda”, pero también crónicas políticas, aunque no las firmaba, una costumbre que era habitual en la época. Como afirma el biógrafo de Bécquer Joan Estruch Tobella,

en una época en la que no se concebía el periodismo como una profesión específica, el trabajo de Bécquer en *El Contemporáneo* tenía un sentido claramente partidista: defendía a los moderados cuando estaban en el poder y atacaba a los gobiernos unionistas cuando los moderados estaban en la oposición.

En fin, algo de rabiosa actualidad. Una realidad del periodismo dependiente del poder político que desgraciadamente aún sigue existiendo.

En uno de los textos de “Cartas desde mi celda”, Bécquer –desde la nostalgia en Veruela– describe con añoranza el ambiente del Congreso de los Diputados y la tribuna de la prensa desde donde escribía sus crónicas parlamentarias.

Paréceme asistir de nuevo a la cámara, oír los discursos ardientes, atravesar los pasillos del Congreso, donde entre el animado cuchicheo de los grupos se forman los ministerios, en donde se hace la política oficial. [...] Vuelvo a seguir con interés las polémicas acaloradas, vuelvo a reanudar el roto hilo de las intrigas, y ciertas fibras embotadas aquí, las fibras de las pasiones violentas, [...] tornan a vibrar nuevamente y a encontrar en mi alma un eco profundo¹³.

13. “Variedades. Desde mi celda II” (12 de mayo de 1864), *El Contemporáneo*, n.º 1025, p. 3.

Nuestro Bécquer periodista no sólo narró su convulsa época política, ese siglo XIX lleno de revoluciones, conspiraciones, conjuras, asaltos... También fue testigo y cronista de uno de los grandes inventos de su tiempo: el ferrocarril. En la “Carta I” de “Desde mi celda”, Bécquer describe las sensaciones psicológicas que provoca la modernísima máquina:

La locomotora arrojaba ardientes y ruidosos resoplidos, como un caballo de raza, impaciente hasta ver que cae al suelo la cuerda que lo detiene en el hipódromo. De cuando en cuando, una pequeña oscilación hacía crujir las coyunturas de acero del monstruo; por último, sonó la campana, el coche hizo un brusco movimiento de adelante a atrás y de atrás a adelante, y aquella especie de culebra negra y monstruosa partió arrastrándose por el suelo a lo largo de los raíles y arrojando silbidos estridentes que resonaban de una manera particular en el silencio de la noche. La primera sensación que se experimenta al arrancar un tren es siempre insoportable. Aquel confuso rechinar de ejes, aquel crujir de vidrios estremecidos, aquel fragor de ferretería ambulante, igual, aunque en grado máximo, al que produce un simón desvencijado al rodar por una calle mal empedrada, crisa los nervios, marea y aturde¹⁴.

Curiosamente esta narración periodística relaciona a Gustavo Adolfo Bécquer con otra igualmente audaz de su paisano Manuel Chaves Nogales (1897-1944) quien se convertiría en el más brillante de los periodistas españoles de la llamada Edad de Oro del Periodismo, sucedida en el primer tercio del siglo XX. Ambos periodistas fueron pioneros a la hora de describir los viajes de la modernidad. Bécquer con el tren y Chaves Nogales con el avión. Se trata de las crónicas aparecidas en el *Heraldo de Madrid*, entre el 6 de agosto y el 5 de noviembre de 1928, y reunidas en el libro *La vuelta a Europa en avión*, publicado en abril de 1929. Es cierto que crónicas periodísticas sobre las impresiones de los viajes aéreos también las habían hecho Luis

14. “Variedades. Desde mi celda I” (3 de mayo de 1864), *El Contemporáneo*, nº 1020, pp. 3 y 4.

Oteyza, Corpus Barga, Julio Camba o González Ruano, pero sin duda las de Chaves Nogales tienen una especial fuerza narrativa. Merece la pena detenerse en esta crónica que nos recuerda tanto a la que Bécquer hizo sobre el caballo de acero muchos años antes.

Las cosas son de otro modo desde arriba, y nadie ha dicho todavía cómo sean. El aviador profesional, el que ya tiene mente y cara de aviador, sabe que el mundo no es como lo suponen quienes andan arras-trándose por su corteza. Pero no acierta a decir cómo es. Para eso hace falta que vuelen a diario hombres en otras actividades: literatos, pintores, escultores, arquitectos, músicos. Se podría asegurar que si estos hombres fuesen al mismo tiempo aviadores, harían otras novelas, otras sinfonías, otros cuadros y otras estatuas bien distintos de los que hacen hoy.

El tiempo es aviador y hay que hacerse un poco aviador. Una buena butaca y un cigarrillo a dos mil metros de altura, en el interior de uno de esos confortables aviones modernos, puede transformar la estética contemporánea más hondamente que cien polémicas a ras de tierra.

El paisaje lo ha ido construyendo –interpretando– el hombre a lo largo de los siglos, según su visión puramente horizontal. Pero visto ahora vertical u oblicuamente, el viejo paisaje del terrícola repugna a la mirada del aviador. El mundo es feo desde allá arriba: feo y mezquino. Cuando vuelen directamente millares de personas se irá modificando la estructura de las casas, las ciudades y los campos. Una ciudad vista desde un aeroplano pierde toda su gracia y su sentido horizontales¹⁵.

Regresemos de nuevo a la prosa narrativa de Bécquer para analizar ese periodismo de gran valor literario. Las piezas periodísticas del poeta no son trabajos simples para salir del paso, sino que en estos artículos está la huella del escritor. Buena parte de las crónicas periodísticas de Bécquer tienen la altura literaria de sus leyendas. Aquí están sus certeras descripciones, el tono jugoso y la chispa de la narración.

15. Manuel CHAVES NOGALES, “La vuelta a Europa en avión, Desde Madrid al mar”, *Obras completas*. Libros del Asteroide, 2020, pp 255-256.

En el artículo “El Carnaval” descubrimos la visión sarcástica y crítica, una lúcida mirada que sospecha y cuestiona y que entronca a Bécquer con otros grandes periodistas como Mariano José de Larra o el citado Chaves Nogales. El artículo se publicó en *El Museo Universal* y en este texto Bécquer no duda en comparar la fiesta de Difuntos con el Carnaval: “La fiesta de Todos Santos se aproxima –digo entonces entre mí–; los mercaderes de la muerte comienzan a sacar a la luz la bisutería del dolor. Ya tenemos el carnaval en planta; los traficantes de la locura comienzan a vender los pasaportes de la despreocupación”¹⁶.

Vamos a descubrir esta excepcional prosa con la que Bécquer muestra en “El Carnaval” un cuadro de costumbres del Madrid decimonónico en la Pradera del Canal. Y con un tono no exento de crítica social.

El ambigü se halla establecido al aire libre, el esca-beche abunda, la longaniza frita no escasea, los callos son el plato de entrada de rigor, el vino se vende en los propios carros que lo han traído de las llanuras manchegas, y se traslada al estómago desde el pellejo original. El carnaval de la Pradera es, si no una noche, un verdadero día de Walpurgis con sus rondas infernales, sus visiones horribles, sus carcajadas estridentes, su confuso vocear, su abigarrado conjunto y su confusión indecibles. Baco en otro tiempo no recorrería con más gusto la India, en su carro de triunfador, que hoy pasea en el carnaval su tirso de pámpanos por entre estos animados grupos que le rinden adoración con sus frecuentes libaciones. Sileno creería encontrarse en un coro de monjas si las antiguas bacantes resucitaran para ocupar el lugar de las vinosas deidades que allí le circundan. Tal es el carnaval de Madrid. Así, revolcándose entre el légamo de la vanidad, las necesidades y el vino, agoniza, en medio de la atmósfera del siglo XIX.

Vamos a terminar centrándonos en un artículo muy sevillano de Bécquer. Se trata de la crónica que dedicó a la Feria de Abril en una crónica publicada en las páginas de *El Museo*

16. “El Carnaval” (11 de febrero de 1866), *El Museo Universal*, p. 43.

Universal en 1869, sólo un año antes de su muerte. Bécquer denunciaba una fiesta en la que lo pintoresco falseado había triunfado sobre lo auténtico. La popular celebración se había creado en 1846 por iniciativa de Narciso Bonaplata y José María de Ybarra. Habían pasado más de veinte años de ese nacimiento cuando Bécquer escribe sobre la Feria criticando que se había convertido en un inmenso teatro “adulterado” donde triunfaban las modas de París antes que la verdad de lo popular. “Sobre las ruinas de las tradiciones típicas y peculiares de Andalucía se ha levantado la feria de Sevilla”, escribe¹⁷.

El autor había vivido en su infancia los inicios de la fiesta. En su memoria quedó aquella imagen nostálgica que no encontró a su regreso en viajes posteriores. Bécquer es implacable con su visión y por eso recuerda las evocaciones críticas que sobre las tradiciones de la ciudad harían años más tarde otros paisanos como Antonio Machado o Luis Cernuda. Escribía Bécquer que las ferias se habían creado espontáneamente para dar a conocer las ganaderías, los cantaores y los valientes, pero en la Feria de Sevilla había pasado ya “el reinado de la calesa”.

Anunciaba así el fin del pintoresquismo, esa corriente que entre la verdad y el falseamiento había conseguido fascinar a los viajeros románticos. Su retrato del paisaje humano de la fiesta era demoledor:

No busquéis el caballo enjaezado a estilo de contrabandista, la chaqueta jerezana, el *marsellé*, y los botines blancos respunteados de verde; no busquéis la graciosa mantilla de tiras, el vestido de faralaes y el incitante zapatito con galgas; el miriñaque y el hongo han desfigurado el traje de la gente del pueblo.

La pluma sarcástica de Bécquer describe los contrastes de la fiesta: “Junto al potro andaluz trota el *ponney* de raza; al lado del coche de colleras con sus caireles y campanillas, pasa la carretela a la *grand Dumont* con sus postillones de peluca empolvada”.

Adelantándose a la visión ferozmente crítica de Ortega y Gasset en *Teoría de Andalucía* (1927) cuando advertía que Sevilla

17. “La Feria de Sevilla” (25 de abril de 1869), *El Museo Universal*. pp. 131-134.

era un inmenso teatro y sus habitantes actores de una gran función, Bécquer describe esta portentosa representación: “Un prado inmenso, cubierto de un tapiz de verdura finísima; por fondo, la accidentada silueta de Sevilla con sus millares de azoteas y campanarios que coronan la catedral y el Giraldillo; por actores, una multitud alegre y ruidosa”.

Como vemos Bécquer era un moderno, pero un moderno nostálgico que no dudaba en criticar las costumbres falseadas. En estos artículos tan jugosos hemos descubierto un Bécquer poco conocido, ajeno a ese poeta bohemio que parecía habitar la torre de marfil de los artistas, flotando sobre una nube de musas y vientos líricos. Hemos hallado a un hombre de su tiempo, comprometido y formando parte de una escuela crítica que lo entronca periodísticamente con la estirpe de Larra que luego conectará con los audaces *reporters* del siglo XX, como Chaves Nogales. Un escritor que deslumbra con su pluma acerada y valiente. Un periodista también con las servidumbres políticas que hoy siguen desgraciadamente tan vigentes. Un hombre frágil, voluble, débil que sobrevive como puede en un tiempo difícil. Un escritor con sus luces y con sus sombras. Pero creo que el Bécquer que hemos reconstruido es un Bécquer remozado por su actualidad. Un Bécquer que no es sólo el poeta del amor sino mucho más.

Como decía al principio, los investigadores están ahora limpiando de hojarasca y malezas la biografía del autor, deconstruyendo al mito. Creo que leer con atención al Bécquer periodista nos puede ayudar a descubrir a ese Bécquer auténtico. Es curioso porque en este redescubrimiento hemos hecho el viaje a la inversa de la biografía del escritor. En vida, Bécquer fue un periodista y sólo un poeta secreto descubierto años después de su muerte. Luego, con la llegada de la posteridad, fue un poeta del que se desconocía su trabajo como periodista. Ahora volvemos a recorrer ese camino, reconstruyendo al periodista que fue para conocer mejor al hombre verdadero.